

REYES Y EL DUENDE FUGITIVO

PARECE IMPOSIBLE QUE las variedades de la experiencia literaria se agoten en un solo autor. Maravilla Alfonso Reyes que encarnó a lo largo de su carrera tantos tipos de escritor, que fue y es toda una literatura —por lo menos la mitad de la mexicana del siglo XX. No en vano Reyes se asomó, como a un espejo, a la Trayectoria de Goethe: presentía acaso que tenía algo en común con el Consejero Áulico, como si hubiese un paralelo entre Werther y el joven de la poesía profunda y elevada de la *Ifigenia*, entre el maduro hombre de letras de los ensayos helénicos, y el arconte venerable de *Poesía y verdad*. Estos lugares comunes de la crítica alfonsina descansan en la coincidencia de dos vocaciones literarias en metamorfosis.

Octavio Paz ha señalado que Alfonso Reyes se pasó la vida escondiéndose de su demonio —aguda observación que da en el blanco. La diferencia entre Reyes y Goethe estriba entre otras cosas en que el mexicano renunció en cierto modo a la lucha contra el demonio. La esterilidad, el silencio, la fascinación por el abismo del miedo y la duda, la desesperación brillan por su ausencia en Reyes. Parecería que nunca se dejó envolver por la oscuridad y vivió y escribió y durmió con la luz de la palabra siempre encendida en la bóveda subterránea del escritor. Podría decirse que en Reyes no

se da mayor diferencia entre la voz interior y la voz articulada, que su palabra es un jinete que ha sabido amaestrar, hasta humanizarlo, al cuerpo animal de su ímpetu que aparece ante nosotros como un caballo blanco de la escuela española de Viena. La rienda suave, dócil, de la palabra sobre la voz; la palabra ecuaníme que nunca pierde los estribos, el freno muy sensible que se diluye en el hocico del alma del mismo modo en que la lengua alarga su serpentina hasta transformarse en otra circunvolución del cerebro.



La nobleza que irradia la palabra de Alfonso Reyes no es casual. Es la nobleza de la madera buena que se deja trabajar. Por eso Alfonso Reyes —nadie lo negará— aparece como un escritor noble —una virtud civilizada que la nueva y la vieja barbarie no pueden entender. Tiene la inocencia Reyes del hombre que cree en la civilización. Más que una creencia, la suya es una fe que tal vez nos resulta difícil compartir a nosotros que vivimos ya plenamente en la edad del derecho como un arma de la guerra civil. La idea de la civilización que tiene Reyes está lejos de la que tuvieron Montaigne y Rousseau. Está seguramente más cerca de Voltaire y todavía más cerca de Chesterton. Su veracidad le exige asomarse del otro lado de la página y decirnos, con humor y rubor, "lo siento, pero no encontré misterio en el terror y me pareció estúpido". Si hubiésemos sido



los escritores jóvenes de 1950 y 1960, no habríamos protestado al leer una frase como "los jóvenes no entienden a Reyes", y le hubiésemos reprochado a don Alfonso falta de desesperación. Probablemente lo hubiésemos enterrado junto con Giraudoux y France, con Valera y Rodó, antes de seguir debatiéndonos entre *La peste* y *La ndusea*. Hoy deberíamos preguntarnos si Alfonso Reyes no rechazó deliberadamente la desesperación y prefirió en cambio el humor y la ironía, un mundo apasionadamente laico, sin demonios ni titanes. Una posición no del todo anacrónica como podría sugerirle un cierto paralelo entre el helenismo de Reyes y la fascinación mediterránea de Camus y aun de Pavese. Don Alfonso, sí, es más mediterráneo que germánico, más inglés que francés y más pagano que cristiano, como señaló en su "Jinete del aire" Octavio Paz. Por eso mismo, a pesar de que Reyes no se desinteresó nunca de México, cabría preguntarse si en el curso de su educación estética no decidió dormir en su sensibilidad a los feroces dioses mexicanos. Si así fue, debemos felicitarnos de que haya sublimado a las furias mexicanas en su corazón. Tanto y tan bien las sublimó que se le concedió el don de hablar con los muertos y de penetrar en los secretos de una cultura en decadencia; tanto y tan bien que pudo comulgar y recibir el sacramento muchos años después de que la misa de la cultura hubiese terminado. Ésa es la razón de que Alfonso Reyes sea uno de los pontífices de la cultura mexicana: supo tender puentes entre la Europa del Renacimiento y el Renacimiento americano, pasado y porvenir.

Después de escribir *Ifigenia cruel* y *Visión de Anáhuac* —dos de los mayores poemas en verso y en prosa escritos en lengua española en el siglo XX— Alfonso Reyes decidió ser el primer lector de México y uno de los primeros lectores del mundo de habla hispana. La elección no podía ser más arriesgada. En México, como

sabemos, se desprecia al lector. Nuestro pueblo, al igual que nuestros hermanos bárbaros de Hispanoamérica y la España de apenas ayer, desprecia la inteligencia y la imaginación, la memoria y la piedad. Por un lado, las fuentes de la autoridad provienen del dinero o de la violencia, legítima o ilegítima. Del otro lado, provienen de la Iglesia, la magia y la religión. El oro, la pistola o el crucifijo: he ahí las razones definitivas. No sólo eso. Aun en el mundo de la cultura, a los ojos bizcos de la imaginación de la masa, el valor de los artistas y escritores suele medirse por su cercanía con el poder económico, político o religioso; los escritores que toman los hábitos guerrilleros o se uniforman de sacerdotes cobran el consabido prestigio. La inteligencia, la fantasía, la crítica, la imaginación ¿qué valor tienen en estos pueblos adictos al alcohol de la revolución y la pólvora del infierno? El agua de la memoria, las efusiones educadas parecen líquidos insípidos a nuestros salados paladares primitivos. Alfonso Reyes atravesó la línea del miedo y de la angustia y decidió que no había demonio al cual esconder o del cual esconderse. En cierto modo puede decirse que renunció a la vida interior, al silencio, a la imperfección saturnal de lo no realizado. Pero él es nuestra Ifigenia porque sacrificó su alma para salvar a la ciudad. Con el oficio y el sacrificio de su vocación, Alfonso Reyes amansó, alimentó al Minotauro en el Laberinto hasta hacerlo reventar con la gran comilona de su obra cumplida. Podemos echarle en cara muchas cosas al escritor. Su mito en cambio perdura, irrefutable.

